

OVIDIO DELGADO MAHECHA*

¿QUE HACEN LOS GEÓGRAFOS?

La geografía es una disciplina muy antigua. Tal vez una de las ciencias más antiguas, como que muchos atribuyen su paternidad a Herodoto, un audaz comediante griego, a quien se le ha dado en llamar “el espía del imperialismo ateniense”.

Esta circunstancia permitiría pensar que el oficio de los geógrafos es tan claro, para legos y entendidos, que cualquier comentario sobre su naturaleza podría considerarse que está de más. Pero la verdad es que hoy, al final de la vigésima centuria, la cuestión no es tan obvia como debiera ser, y muy pocos pueden dar una respuesta precisa a la pregunta:
¿qué es la geografía?

La mayoría de las personas asocia la geografía con la mera descripción de lugares y largas listas de ríos, montañas o ciudades. La imagen que tienen del geógrafo es como la caricaturizada por Antoine de Saint Exupéry en su libro *El Principito*. Nos cuenta el autor que el sexto planeta visitado por el niño “era como diez veces más grande y estaba habitado por un anciano que escribía en grandes libros...”

— ¡Caramba, he aquí un explorador! —exclamó cuando vio al principito.
El principito se sentó cerca de la mesa y resopló un poco. ¡Tanto había viajado!

— ¿De dónde vienes? —le dijo el anciano.
— ¿Qué es este libro tan grueso? —le dijo el principito.
— ¿Qué estás haciendo aquí?
— Soy geógrafo —dijo el viejo.
— ¿Qué es un geógrafo?

— Es un sabio que sabe los lugares en que se encuentran los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos.

—Todo parece muy interesante —dijo el principito—. ¡Esto sí es un verdadero oficio!

Y echó un vistazo alrededor. No había visto nunca un planeta tan majestuoso.

— Es muy bello vuestro planeta. ¿Tiene océanos?
— No puedo saberlo —dijo el geógrafo.
— ¡Ah!, —el principito se sintió decepcionado. — ¿Y montañas?
— No puedo saberlo —respondió el geógrafo.
— ¿Y ciudades y ríos y desiertos?
— Tampoco puedo saberlo —dijo el geógrafo.
— ¡Pero usted es geógrafo!

* Geógrafo, Profesor de Geografía de la Universidad Pedagógica Nacional.

— Exacto —afirmó el geógrafo—, pero no soy explorador. Me hacen falta los exploradores. El geógrafo no es el que va a investigar sobre las ciudades, los ríos, las montañas, los mares, los océanos y los desiertos. El geógrafo es demasiado importante para andar explorando por ahí. Él no puede abandonar su despacho. Pero eso sí, recibe en él a los exploradores, los interroga y toma nota de sus indicaciones. Y si los datos sobre lo que han explorado le parecen interesantes, entonces el geógrafo hace una investigación sobre la honestidad del explorador.

— ¿Y eso para qué? —dijo el principito.

— Porque si un explorador mintiera y los datos se registraran en los libros de geografía, es seguro que causaría enormes catástrofes. Lo mismo ocurriría con un explorador que fuese borracho.

— ¿Por qué? —dijo el principito.

—Porque los borrachos ven doble. Entonces el geógrafo señalaría la existencia de dos montañas donde sólo existe una.

Sin duda esta es la imagen que prevalece del geógrafo y mucho me temo que perdurará, pues casi nadie relaciona la geografía con una disciplina científica, sino con las características físicas de un territorio. Se equipara siempre el trabajo de los geógrafos con el de los profesores de geografía, que son quienes secularmente han transmitido de boca en boca y de generación en generación las listas y los cuadros sinópticos, y han elevado el calco de mapas a la categoría de actividad intelectual de mentes superiores. Son múltiples los esfuerzos didácticos hechos por los maestros para introducir en los anaqueles de la memoria infantil semejantes cantidades de datos, casi siempre de segunda y tercera mano, como en *El Principito*, provenientes de los testimonios de los exploradores.

Ahora recuerdo precisamente un fruto de tales esfuerzos. Mi maestro de quinto de primaria nos enseñaba la geografía en versos como los que siguen:

El Puracé es un volcán / el Tolima es un nevado / y la Sierra de Santa Marta / el pico más elevado.

El Cauca y el Magdalena / el Atrato y el Patía / son los ríos de Colombia / que tienen más simpatía.

Colombia nos da café / esmeraldas y platino / y muchos productos más / que ennoblecen su destino.

La gente — el común y los intelectuales — responde con lo que le queda de su experiencia escolar. Como la geografía era recitar de memoria los nombres de los ríos, de las montañas, de las ciudades, o una lista de productos de cualquier reino, entonces no es raro que asocien al geógrafo con un banco de datos al que se puede acudir cuando se está llenando un crucigrama y no se recuerda el río de Asia que comienza por la letra o. Y los niños de hoy siguen aprendiendo lo mismo.

La geografía escolar o de los profesores sigue siendo un dinosaurio resistente al cambio, a pesar de que la mayoría de ellos adornan alguna pared de su casa con un diploma de Licenciado en Ciencias Sociales.

Pero la geografía como práctica científica no se ha estancado. Ella ha evolucionado prácticamente al mismo ritmo del desarrollo general de la ciencia. Al igual que todas las disciplinas, su historia está llena de ajustes epistemológicos, de rupturas y de cambios paradigmáticos. No ha sido, desde luego, inmune a los cambios de orientación en la filosofía de la ciencia. De sus primitivas funciones enumerativas y descriptivas, ha pasado a ser explicativa y dedicada a la solución de un amplio espectro de problemas científicos.

La geografía moderna intenta explicar las distribuciones areales, las relaciones espaciales de los fenómenos sobre la superficie terrestre y las relaciones hombre-medio en una dimensión espacio-temporal. Los fenómenos de su interés son muy variados, de orden natural y cultural, presentes en el espacio en forma visible o no. Los geógrafos se plantean problemas relacionados con la localización, distribución, interacción, difusión y cambio de los fenómenos en el espacio, y con las estructuras y procesos que controlan su organización. Están interesados en el desarrollo de teorías y en generalizaciones, más que en el estudio de fenómenos únicos. La geografía, tiene que ver fundamentalmente con tres grupos de problemas:

1. — El análisis espacial, que explica la variación en la localización y distribución de un significativo grupo de fenómenos, como por ejemplo las mutaciones de la densidad de la población o de la pobreza en las áreas rurales o urbanas. Se puede preguntar, digamos por caso, qué factores controlan los patrones de distribución, o cómo pueden ser modificados esos patrones para que las distribuciones sean más efectivas o más justas.

2. — El análisis ecológico que estudia las conexiones entre variables humanas y ambientales. En este caso se analizan las relaciones dentro de un espacio geográfico delimitado, más que las variaciones espaciales entre regiones. Este enfoque de carácter sistémico, tiene ventajas como las de proporcionar una estructura conceptual o modelo en el que las partes que forman la superficie terrestre, y las relaciones entre ellas, se puedan estudiar más fácilmente; que las interacciones mutuas de los componentes a través de un sistema particular se puedan ilustrar y analizar con mayor provecho; permite que el hombre sea estudiado como parte integral de cualquier sistema físico o humano, y que las interacciones se puedan tratar a cualquier escala.

3. — El análisis regional que combina los resultados de los análisis y el ecológico. Las regiones se identifican por las diferenciaciones areales, y las líneas de conexión y los flujos entre las regiones se pueden observar y analizar.

Metodológicamente las opciones son varias. Hay quienes abogan por la normatividad del método científico del positivismo lógico, se declaran seguidores del Círculo de Viena y están muy familiarizados con las matemáticas, la estadística y la informática, tanto que los suelen llamar “cuantitativistas”. Otros, más interesados en cambiar el mundo, que en el simple conocimiento de su estructura, han tomado los caminos de la ciencia radical, tienen mucho que ver

con el marxismo y se proclaman enemigos del positivismo y alumnos aventajados de la Escuela de Francfort. Como quien dice, de todo hay en la viña del Señor.

Así que si bien la docencia ha sido la ocupación tradicional de los geógrafos, ella no es hoy la única y tal vez es la menos importante. En muchos países se les encuentra vinculados a proyectos de investigación relacionados con la localización de nuevas empresas, con el ordenamiento del territorio y con la planificación del desarrollo regional y urbano, por citar apenas unos ejemplos.

En Colombia ni la geografía como ciencia, ni los geógrafos profesionales tienen mucho arraigo. Se puede decir que la de geógrafo es una carrera nueva y tal vez sea esa una de las causas por las que sus profesionales no son reconocidos como tales.

Estoy seguro de que cuando a un ejecutivo de empresa oficial o privada, a un directivo de los organismos encargados del fomento de la ciencia, o a un funcionario gubernamental se le presenta alguien con un título de geógrafo, éste inmediatamente piensa en la imagen del anciano del cuento de Saint Exupéry, o en su maestro de escuela. Y si ya resolvió el crucigrama es posible que no lo atienda, porque al fin y al cabo ¿para qué necesita un geógrafo?

Pero soplan vientos favorables. El postgrado en geografía que ofrecen la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia y el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, y la perspectiva de una carrera de geografía en la Universidad Nacional, y la maduración de otros proyectos en otras universidades, permiten pensar que los años por venir serán mejores para los practicantes colombianos de la ciencia hija del sabio Herodoto.

